



Mercado de Abastos de Ciudad Real.

LA FUERZA DEL DESTINO

■ JOSE LUIS MURCIA

-Pare aquí.

- Como quiera, señora.

Descendió del coche, un Ford Granada blanco con matrícula de Madrid, con la parsimonia que dan 88 años de vida y con la elegancia de quien, pese a haberlas pasado más negras que la tara de un cohete, era una señora de los pies a la cabeza. Vestía un traje de chaqueta gris y medias negras, zapatos de charol con medio tacón y cubría sus ojos con unas gafas de sol "Lotus", de diseño moderno, que daban un toque rupturista al conjunto de su indumentaria. Un alfiler redondo cubierto de brillantitos, un discreto collar de perlas "Majorica" y un anillo, escasamente ostentoso, con tres pequeños rubíes le otorgaban un toque de distinción.

Eran poco más de las once de la mañana y caía

sobre Ciudad Real un enorme aguacero. El conductor la ayudó gentilmente a bajarse del automóvil y le entregó, ya abierto, un precioso paraguas negro que, años atrás, había comprado en los populosos almacenes londinenses de Harrods. Miró a derecha e izquierda y echó a andar con la elegancia que sólo tienen las mujeres con clase, aquellas cuya educación y elevado nivel económico les ha permitido codearse con lo más granado de la sociedad española.

Si el color de su pelo, negro azabache, llamaba la atención a todo el que reparaba en ella, sus ojos, también negros, profundos, brillantes, dejaban absortos a cualquiera que se cruzara en su camino. Sólo llevaba dos minutos en Ciudad Real y ya había reconocido a tres de sus moradores, obviamente más jóvenes, pero también más cascados que ella.

Ninguno de los tres, sin embargo, la habían reconocido, aunque sí se habían fijado en su porte y, curiosamente, habían coincidido en su comentario interno: ¡Vaya hembra!

Ciudad Real, pese a la lluvia, era un hervidero de amas de casa, chachas, ejecutivos, oficinistas y alguna que otra progresa con inquietudes gastronómicas que pululaban por los alrededores del mercado de abastos, situado desde los años 50, entre las calles Postas, Reyes, Borja y Morería, en pleno centro de la ciudad y en una de las zonas más antiguas y entrañables, aunque esta pequeña capital de provincia apenas conserva nada de antaño y su casco histórico, por llamarlo de alguna forma, es una amalgama de edificios, cada uno de su padre y de su madre, que parecen haber sido lanzados desde lejos con una catapulta sin orden ni concierto.

No tenía muy claro cuál era la entrada principal del mercado, pero el bullicio de la gente se lo indicó claramente. En la calle de Postas, junto al kiosko de periódicos, que desde hace muchos años regenta el extremeño Mesa y el "chiringuito" de la ONCE, se agolpaban, pese al mal día, dos jóvenes gitanas con sus espuelas de ajos, un joven con cardillos y palo

dulce y una señora con un capacho lleno de níscaños, muy abundantes en la época de lluvias en la zona de los Montes.

No se lo pensó dos veces. Con un andar lento, pero firme y decidido, se encaminó hacia el mercado. La última vez que había estado en esa zona fue en los años 30. Entonces era un huerto, conocido como "El huerto del Marqués" o "El huerto del Pangino", propiedad de don Juan Treviño Arce, marqués de Treviño, que en la época estival albergaba el cine de verano, en el que los jóvenes acudían todo entusiasmados para ver los episodios del Oeste que se sucedían, como los culebrones venezolanos de hoy, con la incertidumbre de quién sería el próximo muerto o qué diligencia atacarían los forajidos en la próxima sesión.

Recordó que había asistido entusiasmada a la proyección del filme "La banda de Joe El Tuerto". Y se venía a su cara una tímida sonrisa cuando pasaba por su mente la imagen de él, fuerte como un roble, pasándole su brazo por detrás de la cabeza y atrayéndola hasta sus labios para estamparle un beso de los de verdad. Había pensado entonces, y ahora lo ratificaba, que era el primer beso de amor que había



recibido en su vida, pese a que su carné de identidad indicaba que acababa de pasar ya la treintena.

Era simpática la estampa de los cines de verano de antaño. Rodeados de setos por todas partes, con sillas de madera desvencijadas e incómodas, y con un paquete de altramuces, otro de pipas y una botella de gaseosa de medio litro para calmar la sed, la juventud ciudarreallea, y algunos ya no tan jóvenes, desafiaban el calor de agosto, que con el frescor del huerto regado hacía la atmósfera más respirable en una ciudad donde dormir en verano se convierte en algo parecido a una pesadilla.

Se quedó inmóvil. Su corazón latía a la velocidad de la luz y, por primera vez en su vida, sintió un cosquilleo de los pies a la cabeza, acompañado de un acaloramiento intenso, que le hizo pensar que estaba enamorada. Recordaba también que fue una suerte que las luces no se hubieran encendido de repente porque, además de las sensaciones ya descritas, experimentó una fugaz bizquera transitoria que le provocó un suspiro tan profundo que hizo

que volvieran la cabeza las seis filas que le precedían y que quedasen asombrados, cuando menos, otras tres o cuatro filas que se situaban tras ellos.

Llevaba tres años en Ciudad Real y no era feliz. Su madre, soltera y alcohólica, la había dado a luz en los retretes públicos del mercado de abastos de Valencia. Y, desde entonces, su vida no había sido lo que podría decirse un dechado de felicidad. Criada por las monjas en un orfanato, a donde había ido a parar cuando sólo contaba siete años, ya que la vieja, lo único que tenía, había encontrado la muerte un día, mejor dicho una noche, junto a la playa de la Malvarrosa como consecuencia de una borrachera de anís. Los serenos la habían encontrado con un cierto semblante de felicidad en su cara, agarrada a una botella. La pequeña tenía frío, era enero y el relente penetraba hasta los huesos, con ese frío húmedo que sólo se da en los sitios de costa y que los de tierra adentro tememos cuando lo sentimos encima por primera vez.

Desde allí, a las monjas. Y de las monjas, a la vida. A la vida dura y cruel. A una vida en la que era delito ser pobre, y delito con agravantes ser, además, mujer y joven. No sabe cómo fue, pero a los 15 años ya estaba vendiendo su cuerpo a los marineros que llegaban al puerto ansiosos de alcohol y cariño a cambio de su salario de hambre. Proletarios y carne proletaria unidos. A la revolución por el amor. A la revolución, por el sexo. Vivir, vivir y disfrutar. Sufrir, trabajar y desfogar. Y, al final, el dinero daba la vuelta. Unos se machacaban el cuerpo trabajando en cubierta de sol a sol. Otras, se lo machacaban fingiendo dar amor a aquellos que, en la mayoría de las ocasiones, sólo les daban asco.

Y un día de mayo, no se acordaba del año, recaló en Ciudad Real de mano de un rufián apodado "El Tacho", quien le prometió ganar dinero a mansalva y poder retirarse pronto para poder disfrutar de una vida honrada. ¡Ja! Y la verdad es que no la trataron mal ni en la casa de Luciano ni en la de la Palmira, que eran dos hogares de putición de auténtico rai-gambre en la ciudad. A ellas iban los



jóvenes y los mayores a dar rienda suelta a su imaginación, a echar una hora de baile a cambio de tres duros y si se podía y había trato a algo más, a mucho más.

— ¿Aprender o perfeccionar?—Había pronunciado la pregunta miles y miles de veces en su vida. Día tras día y noche tras noche aguantaba las frustraciones de maridos hartos de sus mujeres, de impotentes que intentaban una y otra vez despertar a la vida, de jóvenes ansiosos por aprender lo que habrían de hacer con sus novias cuando éstas se convirtieran en sus esposas, de viejos en buena forma que tenían a sus compañeras postradas o en la tumba

... En fin, de toda una fauna que olía, en su mayoría, a tabaco y sudor porque ese era rasgo de hombría. Y tenía también la suerte, de vez en cuando, de departir, bailar/amar, con un genio de la pintura y otro de la escultura, prohombres de la intelectualidad rebelde de la capitaleja, que tenían a bien ir a hacerse una limpieza de bajos en cuanto tenían en su bolsillo unas pesetillas fruto de la venta de alguna obra de arte o, como en ocasiones, cambiaban el arte de pintar o esculpir por el arte de amar.

Y así lo recordaba ella. Aún tenía en la mente el día en que Coronas, el escultor, le cambió una estatua, realizada con ella misma como modelo, a cambio de una hora de amor. ¡Tu arte por el mío!, le dijo a las tres de la mañana de un ocho de enero con una "castaña" de coñac que le llevó casi cuatro horas llegar a su casa, sólo distante unos 500 metros de la legendaria calle de la Palma donde ejercían su trabajo las hetairas más preciadas de la provincia, sin olvidar, claro está, a las de Tomelloso.

Le parecía increíble haberlo conocido. Habla llegado a Ciudad Real al mercado de abastos para traer un cargamento de naranjas. Sus padres eran unos acaudalados agricultores de Picassent que habían comprado un camión para trasladar sus mercancías a lo largo y ancho de toda España. Ese día había recalado en Ciudad Real y, bien temprano, fue a descargar las naranjas al mercado, situado entre las calles Matadero (después Avenida del Imperio y Alfonso X), más conocida por la "calle de las Mierdas", por la afición del personal a ir allí a hacer sus necesidades, gracias a la falta de iluminación; General Aguilera y plaza de la Constitución (hoy plaza Mayor y antes Generalísimo).

Llamó su atención en el patio una fuente con cuatro dragones que era utilizada por los comercian-



tes para lavarse las manos e, incluso, lavar el género. Y decidió dar una vuelta por los puestos. Para ello, volvió a la calle y entró por la puerta principal, situada en lo que hoy son dependencias del Ayuntamiento. En la primera línea se situaban los carniceros, los hortelanos fijos y la nave del pescado, que contaba con alrededor de una decena de puestos. Al final, estaban los hortelanos de temporada, una legión de agricultores provenientes de los más diversos rincones de la provincia que acudían a la capital con lo mejor de sus hortalizas.

Fama bien ganada tenían los hortelanos de Aldea del Rey con unos productos que parecían sacados de un cuadro. Allí exponían sus pimientos, sus tomates, sus judías verdes, sus berenjenas y no le andaban a la zaga los torralbeños con sus patatas grandes y sabrosas, los de Carrión, con unos melones de gran predicamento o los de Tomelloso, famoso por sus sandías y melones. Pero, además, los paisanos de Plinio eran también conocidos por sus enormes carros y galeras, que equipados con llantas metálicas, hacían papilla las carreteras, por llamarlas de alguna manera, de la zona. Cerca de cien kilómetros tenían que tragarse los intrépidos hortelanos tomelloseros para llegar hasta Ciudad Real a ofrecer sus cosechas a los de la capital.

Pero a quienes más recordaba ella era a los campesinos del anejo de Las Casas, distante sólo siete kilómetros de la capital, que se preciaban de traer las sandías más gordas para el día de la Virgen del Prado, patrona de Ciudad Real, el 15 de agosto. Ese día, Palmira y sus chicas salían al mercado y se llevaban para la casa el mejor género. Luego, ataviadas de mantilla y vestidas con toda elegancia y discreción, se santiguaban con fervor ante la imagen de la Virgen. Y disfrutaban de un día de relax, de un día especial para todas ellas.

Había almorzado en el bar de Ramón, a eso de las 9 de la mañana, y cuando estaba mirando distraídamente uno de los puestos de la fruta en el que acababan de colocar sus naranjas, llegó ella. Se cruzaron sus miradas y ambos sintieron en su corazón un pequeño sobresalto que les indicaba que una larga aventura de amor comenzaba a forjarse. Fueron apenas 30 segundos, pero a ambos les pareció una eternidad. Cuando llegó a casa de la Palmira se tumbó en la cama y comenzó a pensar en él y a idealizarlo.

Era alto y fuerte como un roble, de pelo castaño y poblado, y con unos ojos claros cuyo color era difícil de definir, pero con una expresión que volvía loca

a toda hembra que se preciara de serlo. Vestía un traje de franela gris y portaba una corbata oscura que le daba un aire entre tímido y reservado a quien era todo un campeón del buen humor y la extroversión. Pero, sobre todo, le llamó la atención sus manos delgadas, sus finos e interminables dedos, como de pianista, que no parecían concordar con su enorme corpachón de chicarrón levantino.

¿Quién le iba a decir a ella, que a eso de las ocho de la tarde, iba a hacer aparición en casa de la Palmira para decirle, antes de que pudiera abrir la boca, que quería perfeccionar? Tuvieron que pasar varios años hasta que se enteró de que no había llegado por azar a la casa de la calle de la Palma, sino que el inquilino del puesto le había indicado que ella era una de las mejores pupilas de la Palmira, que nadie conocía su nombre de pila, aunque hacía llamarse Peli, sin razón alguna, al menos aparentemente.

Se quedó de piedra. Poco más o menos como cuando una semana después fueron al cine y él le plantó el primer beso de los de verdad, mientras el malo sucumbía entre las patas de su caballo abatido a tiros por el hombre de los ojos grises y la mirada



perdida. Temblando como un zorrillo la cogió por la cintura y se marcaron “La Zarzamora” a los sonos del acordeón del maestro Federo. Apenas se atrevían a tocarse. Ella, por vez primera en mucho tiempo, sentía rubor. Le miraba tiernamente y se ponía colorada. El, bajaba la cabeza, miraba a su alrededor nerviosamente y no llegó a abrir la boca.

Poco después, decidieron, de común acuerdo, pasar a un reservado donde conversaron durante horas. Hablaron de sus vidas, de sus ansias de ser felices y del amor que sentían el uno por el otro. Fue el comienzo de una larga etapa de dicha para ambos. Apenas unos meses después convinieron en abandonar Ciudad Real. Ella dejó la casa de la Palmera sólo una semana después de conocerlo.

Los años fueron justos con ellos. Vivieron en Valencia, Tánger y Madrid. Ella se dedicó a las labores de su casa, al cuidado de los dos hijos, ambos varones, que tuvieron y a instruirse, con un maestro que le impartía clases particulares a domicilio, en todo aquello que su desgraciada vida anterior no le permitió aprender. El montó varios negocios, siempre relacionados con la venta de frutas, que les colocaron en una sólida posición económica. Contaba cerca de 70 años y regentaba cuatro puestos de fruta en Mercamadrid cuando la muerte le sorprendió un frío doce de diciembre. Desde entonces, ella sólo vivía del recuerdo y de las esporádicas visitas que le hacían sus hijos a la capital de España, ya que uno de ellos era funcionario de la Comunidad Europea en Bruselas y el otro regentaba una empresa de importación/exportación de vinos y frutas en California.

Ahora, con un paso un poco más acelerado que de costumbre, estaba recorriendo la nave del pescado del mercado. Recordaba que, entonces, el mercado de Ciudad Real sólo ofrecía sardinas, pescadilla, almejas, voladores, brecas y bacalallas. Ahora, además, habían irrumpido con fuerza el salmón de Noruega, las truchas de criadero, la ternera de mar, los boquerones y las gallinetas.

Subió la escalera, y tras permanecer parada cerca de un minuto bajo el tragaluz que divide las dos alas de la parte de arriba del mercado, optó por ir a la de la izquierda donde se paró en los puestos de carne, con especial atención miró el de “Wences” y otro que anunciaba la venta de toro de lidia, así como el dedicado a la cerámica y los botijos, que está al final del ala. Comprobó cómo todos los puestos tenían ahora instalaciones frigoríficas y una higiene que



nunca había conocido en Ciudad Real.

Recorrió el ala izquierda y se paró ante la carnicería de Edmundo, ante otro puesto que anunciaba conejos de monte y ante uno dedicado al Queso Manchego con Denominación de Origen, todo un lujo tras veinte años de pleitos para conseguir una denominación que por tradición, siglos y ubicación geográfica le correspondía a la región.

Bajó, ya un poco renqueante, para visitar los puestos de la fruta, que ahora se agolpaban, junto a alguno de ultramarinos y una pollería, en lo que fue supermercado hasta finales de los 70. No hizo más que entrar en la nave, miró las naranjas del primer puesto y se sintió indispueta. Por su mente se sucedieron, en una pequeña porción de segundos, multitud de vivencias en Valencia, Ciudad Real, Tánger, Madrid ... Una lágrima rodó por su mejilla derecha a velocidad de vértigo y, como si fuera una mole de plomo, cayó en redondo sobre el suelo.

—“Ha muerto”, dijo. Era un joven médico que trabaja en la zona y que había bajado a comprar fruta para casa. Fuera, la lluvia arreciaba y Ciudad Real estaba más gris y triste que nunca.

□

JOSE LUIS MURCIA. Periodista, nacido en Ciudad Real.
En la actualidad, es coordinador general de EFEAGRO.